

IMPACTO DE LAS MONEDAS COMUNITARIAS: UNA REVISIÓN DE LA LITERATURA

ROSARIO GÓMEZ-ÁLVAREZ DÍAZ

*Profesora contratada-doctora, Dpto. Economía e Historia Económica
Universidad de Sevilla*

CARMEN RODRÍGUEZ MORILLA

*Profesora Colaboradora-doctora, Dpto. Economía Aplicada II
Universidad de Sevilla*

Proyecto DER2015-63701-C3-3-R¹

1. INTRODUCCIÓN

El actual sistema monetario afecta negativamente a la sostenibilidad económica, social y medioambiental por diversas razones. En primer lugar, la creación de dinero reside en un sistema basado en la petición de préstamos, de forma que es necesaria la devolución del principal y los intereses, obligando al sistema económico a crecer de forma continuada para poder generar los medios y hacer frente a esos pagos. Por el contrario, la naturaleza es un sistema circular con recursos finitos, lo que hace que el sistema monetario actual sea incompatible con la sostenibilidad de la vida. En segundo lugar, si nos centramos en la esfera estrictamente económica, los créditos se incrementan en época de expansión económica y se contraen cuando son más necesarios, en los momentos de crisis, y por tanto no favorecen la estabilidad económica, todo lo contrario, exacerbaban aún más los ciclos económicos. En tercer lugar, el propio sistema financiero puede ser el detonante de las crisis económicas, como ha ocurrido en la reciente Gran Crisis de 2008. En cuarto lugar, el sistema monetario tiene efectos negativos sobre el comportamiento social debido a que

¹ El contenido de este trabajo forma parte del resultado científico del Proyecto de Investigación de I+D DER 2015-63701-C3-3-R “Instrumentos normativos sociales ante el nuevo contexto tecnológico 3.0”.

favorece el consumismo, la competitividad y la concentración de riqueza (Lietaer y Belgin, 2012).

La búsqueda de un sistema monetario alternativo debe estar orientado hacia el desarrollo sostenible, y concebirlo como un subsistema que favorece el flujo de energía, información y recursos de todo el sistema socioeconómico (Lietaer, *et al.* 2012). Dentro de las diferentes opciones posibles las monedas complementarias son una herramienta para fomentar la soberanía financiera, como mecanismo para la transformación social y económica fundamentada en la colaboración y en los procesos democráticos de gestión.

La definición de moneda complementaria más conocida es la ofrecida por Lietaer (2001), que entiende que esta es un acuerdo dentro de una comunidad de usar algo como medio de intercambio. A partir de esta definición tan amplia han surgido diversas clasificaciones, pero consideramos que la ofrecida por Seyfang y Longhurst (2013) es la más operativa desde una perspectiva analítica. Estos autores diferencian entre sistemas de intercambios basados en: mercados de trueques, sistema de créditos, intercambio mutuo y emisión de moneda local/social.

Debemos destacar que vamos a emplear los términos monedas comunitarias, locales y complementarias como sinónimos, pues en la mayoría de la literatura académica se emplean de forma indistinta. Si bien es cierto que en opinión de Blanc (2010), el uso de un término u otro está haciendo más hincapié en alguna de las características concretas. Así el término comunitario hace referencia a la gestión y uso de una comunidad, si se emplea el adjetivo local está destacando que ésta tiene un ámbito geográfico acotado y complementario porque su finalidad es complementar y no sustituir a la moneda oficial.

En todos estos casos, como explica Lietaer *et al.* (2012) las bases del diseño son: no se puede acumular, no existen intereses y los intercambios se fundamenta en la confianza mutua, la transparencia y la participación de los miembros. El resultado es que el comportamiento social fomentado por el uso de la moneda se basa en la cooperación, la reciprocidad, la confianza y la equidad (Lietaer and Belgin, 2012; Lietaer *et al.*, 2012).

El objetivo fundamental de este capítulo es la presentación de la evidencia más destacable sobre el impacto positivo de las monedas sociales. Con tal fin, en el apartado dos presentamos el concepto y en el tres nos detenemos en la tipología y descripción de algunas experiencias exitosas. El apartado cuatro resume, desde una perspectiva teórica, cuáles son los principales mecanismos a través de los cuales las monedas sociales tienen un impacto positivo en las diferentes esferas de la sostenibilidad. A continuación, recogemos los estudios empíricos más relevantes que respaldan las propuestas teóricas, tomando como referencia los trabajos recopilatorios de Seyfang y Longhurst (2012, 2013a, b) y Michel y Hudon (2015), junto a la revisión de la bibliografía. Ya en el apartado cinco, describimos los elementos a tener en cuenta para evaluar la sostenibilidad de la moneda social,

siguiendo la propuesta de Place y Bindewald (2015). Asimismo nos detenemos en el trabajo de Sefeyard y Longhurst (2016) en el que se estudia cuáles son los factores que favorecen la difusión de las monedas sociales.

2. CONCEPTO Y ANTECEDENTES EN LAS MONEDAS SOCIALES

Existe una cierta confusión a la hora de delimitar el concepto de moneda social, pues muchas veces viene unido al de moneda alternativa, local, comunitaria o complementaria aunque, como señala Blanc (2000), la terminología no es inocente, ya que los términos elegidos delimitan los fenómenos observados, orientando así el análisis que se ha de realizar. Lo que tienen en común los distintos términos es que se refieren a monedas diferentes a la de curso legal. Se trata en todos los casos de una moneda alternativa: éste es el término empleado para referirse a una moneda paralela a la moneda oficial (Plasencia y Orzi, 2007). El término “local” es más empleado en la terminología francesa y castellana y el de comunitaria es de origen inglés (community currency).

Estas monedas pretenden complementar las deficiencias del dinero legal, dinamizando el comercio local de proximidad y el autoempleo, optimizando también los recursos locales. Su función es complementar no sustituir la moneda oficial y, en la mayoría de los casos, funcionan siguiendo los principios de la teoría de la oxidación del dinero de Silvio Gessel (1958) evitando la acumulación y garantizando, por tanto, su circulación.

De las tres funciones que se le asignan al dinero o moneda (unidad de cuenta, medio de cambio y depósito de valor) es esta última la que motiva en muchos casos el nacimiento de monedas complementarias, para evitar precisamente que sea atesorada y facilitar con ello el intercambio y la actividad económica en un territorio.

Al estar su uso limitado a escala regional o local, este tipo de monedas también reciben el nombre de moneda local. Bernard Lietaer, (2001) considera al dinero local como “un acuerdo dentro de una comunidad de usar algo como medio de intercambio”.

En este sentido el carácter comunitario también es importante, pues uno de los objetivos que tiene la creación de estas monedas es precisamente la construcción de comunidades locales y de sentimiento identitario, donde diferentes actores locales interactúan para dinamizar los canales de producción, intercambio y comercialización.

Cuando se trata de indagar en la acotación de lo que serían las monedas sociales, autores como Albuquerque (2004), Primavera (2004), Coraggio (1998) o Blanc (2011) recurren a criterios diversos (citado en Plasencia y Orzi, 2007):

- Por su función, como reserva de valor la moneda social está acotada por normas y mecanismos que descincientivan su atesoramiento.
- Por su origen, una moneda social lo es, en la medida en que su origen ha sido comunitario, es decir, decidido por un grupo de personas organizadas y de forma autónoma
- Por su objetivo o motivación, las monedas sociales tienen tres objetivos: 1) proteger el espacio local; 2) dinamizar los intercambios locales y 3) transformar la naturaleza de los intercambios.
- Por su gestión, es necesario que los involucrados decidan colectivamente su creación, conozcan el proceso mediante el cual ésta opera y, sobre todo, tomen las decisiones de gestión de forma participativa.

Una definición integradora define estos sistemas monetarios sociales como “aquellos sistemas monetarios que se crean al margen de las monedas oficiales del país, y que tienen como objetivo fundamental la promoción de proyectos económicos y sociales de carácter local, a la vez que la puesta en valor de los activos y recursos locales que no se encuentran dentro de los círculos y circuitos ordinarios de intercambio debido a la escasez de la moneda oficial. En definitiva, son sistemas organizados y gestionados destinados al intercambio de determinados productos y servicios producidos en el ámbito local.” (Cortés García, 2008: p 17).

La existencia de monedas complementarias ha existido a lo largo de la historia, como por ejemplo la ostraka en el Antiguo Egipto (Lieater y Belgin, 2012). Aunque podemos encontrar precedentes de lo que se conoce como monedas sociales en las ideas de algunos ensayos que realizaron en el Siglo XIX socialistas utópicos como Robert Owen y Pierre Proudhon, las primeras monedas complementarias surgieron en los años de la gran depresión, ante la debilidad de los sistemas financieros convencionales en facilitar medios adecuados para el intercambio. En este sentido, surgen con la vocación de que el dinero realmente cumpla su verdadera función, como es la de facilitar el intercambio de bienes y servicios. La emergencia de los años de la Gran Depresión económica, hizo que proliferaran sistemas monetarios complementarios que tenían como objetivo fundamental paliar los devastadores efectos de la profunda y grave crisis económica y financiera (North, 2007).

A pesar del éxito de muchas de estas monedas, la mayoría de experiencias duraron entre dos y cinco años, principalmente debido a su prohibición por parte de gobiernos y bancos centrales. La única excepción es la Banca Wir en Suiza, creada en 1934, aún activa y una de las principales referencias para las monedas sociales. El WIR nace en Zurich (Suiza), a partir de un grupo de

personas en torno a Werner Zimmermann y a Paul Enz, que estudiaron la teoría sobre oxidación del dinero (basada en un interés negativo para evitar su acumulación), propuesta por Silvio Gessel (1958).

El origen de las monedas sociales tal como la entendemos en la actualidad, es decir como un complemento de la moneda nacional creado de forma expresa, aparece de la mano de Michael Linon en Vancouver (Canadá) en 1983, población que sufría las consecuencias del cierre de una mina de carbón. El objetivo principal estuvo motivado por la creación de empleo (Soutar, 1994). Constituye el primer sistema LETS (Local Exchange Trading System), que después se extendió en los años 90 por todo el mundo, aunque con menor presencia en África y Asia.

También en un contexto de crisis económica surgen en los años 90, en América Latina las redes de trueque, aunque los casos más relevante y exitosos se dieron en Argentina. Fue en la localidad de Bernal, (Buenos Aires), donde aparece el primer “Club del Trueque”, por iniciativa de un grupo de ecologistas que, vio en esa creación una posibilidad de “hacer negocios” para paliar los efectos del desempleo creciente ocasionado por la ola de desregulación, privatizaciones y liberalización del comercio exterior, que provocó un recorte de los servicios públicos y una destrucción de la industria nacional, de los sistemas de salud y educación sin precedentes (Primavera, 2000).

Otra oleada de monedas sociales surgen en la última Gran Crisis, y se constituyen sobre todo con una vocación de permanencia, pretendiendo que el dinero también sirva para generar esa transformación social necesaria que permita satisfacer nuestras necesidades con una adecuada gestión de recursos. Es por ello que los canales a través de los cuales circulan estas monedas sociales tratan de contribuir a una economía más humana, solidaria, ecológica y justa.

Por último, debemos hacer referencia a las monedas digitales y su relación con las monedas complementarias. Para ello nos servimos de la clasificación ofrecida por el Banco Central Europeo que las diferencia por el hecho de estar centralizadas o no. Esta característica es clave para comprender que la base de la moneda comunitaria es la gestión democrática y transparente de la moneda, basada en la colaboración de la comunidad. Puede existir un soporte tecnológico que la convierta en virtual, pero su esencia es quien la gestiona, como expresión de la soberanía financiera.

Tabla I. Matriz de la moneda

MATRIZ de la moneda (Virtual Currency Schemes (PDF). European Central Bank. p. 5. ISBN 978-92-899-0862-7)			Formato del dinero		
			Formato físico	Digital	
				No basado en Criptografía	Criptomonedas
Situación Legal	No regulada	Centralizada	Cupón	Cupón Web	
				Cupón móvil	
			Moneda Local	Moneda virtual centralizada	
		Descentralizada	Valor físico intrínseco (oro, plata,..)	<u>Ripple, Stellar</u>	Criptomoneda descentralizada
	Regulada		Billetes y monedas de curso legal	Dinero electrónico	
				Depósitos bancarios	

Fuente: Banco Central Europeo

3. CLASIFICACIÓN Y EXPERIENCIAS MÁS EXITOSAS

La variedad de iniciativas conocidas hasta la fecha como alternativas a la moneda de curso legal hace que sea difícil su clasificación. Tal como se recoge en Axuharro Goñi, (2012) difieren en los objetivos con los que se crea, aunque suelen venir unidos (creación de empleo, desarrollo local, creación de comunidad, fomento de valores solidarios...); por cómo se gestionan (pueden estar administradas por una autoridad regional, por empresas, grupo de ciudadanos, asociaciones); por el tipo de usuarios (empresas, pequeños comercios, ciudadanos, aunque en algunos casos aparece el perfil de prosumidor o están todos incluidos); por el tipo de soporte (física o digital); por el valor con el que se fija la moneda (con o sin referencia a la moneda de curso legal, o con respaldo recíproco teniendo como unidad de medida el tiempo); por cómo se inicie el proceso (compra con moneda oficial, ofreciendo un bien o un servicio); y por la incorporación o no de mecanismos de incentivación como la oxidación para frenar la acumulación.

No obstante, Seyfang and Longhurst (2013a) nos ofrecen la siguiente clasificación de las monedas comunitarias, en función de su forma organizativa:

Mercados de trueque donde los participantes intercambian bienes y servicios en lugares o eventos específicos y se comercia mediante una moneda creada para ese día. Normalmente, el emisor de la moneda es una organización civil que se encarga de su gestión. La experiencia más conocida son las Redes de Trueques de Argentina, que tuvieron un gran auge a finales del siglo XX debido a la crisis económica, y en la que participaron una parte de la clase media argentina. Este mecanismo se suele emplear para dar a conocer el lanzamiento de proyectos nuevos de monedas comunitarias, porque permite el encuentro y los contactos con las personas de la comunidad. En estos casos el valor de las

monedas es respaldado con bienes y servicios o moneda de curso legal. La mayoría de ellas usan moneda de curso legal (como euro) para garantizar la aceptación universal entre todos los participantes, aunque la reconversión de moneda social en moneda oficial se restringe a comercios locales que necesitan pagar a proveedores externos. Aunque es el modelo más cercano a la moneda convencional, está diseñado para retener la liquidez dentro de la zona por más tiempo, optimizando su efecto multiplicador (Hirota, 2016).

La moneda local francesa SOL-Violette (Toulouse), y Chiemgauer en Alemania son ejemplos de esta modalidad. La experiencia de SOL-Violette nació como una iniciativa de moneda ciudadana para impulsar la economía social y solidaria en torno a una asociación que integra a consumidores, comerciantes, colectivos financieros, comunidades y fundadores. Gracias al apoyo del alcalde que desembolsó 120.000 €, el proyecto se puso en marcha en mayo de 2011 en tres barrios con perfil socioeconómico diferente. Está respaldada por el ayuntamiento y dos cajas locales que facilitan el cambio de esta moneda. En el caso de Chiemgauer, su creación vino motivada como actividad extracurricular de una escuela Waldorf. Esta moneda se adquiere a través de euros, pero el 3 % se destina a proyectos sociales, además la penalización de un 5 % de su conversión en euros incentiva el comercio local.

Servicios de crédito como son los bancos del tiempo. En ellos los miembros ofrecen y demandan servicios, que se intercambian en función del tiempo que se emplean. Estos surgieron en Japón en 1973, y según el estudio de Seyfang and Longhurst (2013a), existían aproximadamente 1715 proyectos en 11 países en cuatro continentes, representando el 50 % de las monedas comunitarias. Cualquier servicio se cotiza por hora, independientemente de su naturaleza, lo que hace posible los intercambios justos y solidarios. Los bancos del tiempo representan una interesante experiencia de monedas sociales que permiten recuperar las relaciones de vecindad. Habitualmente se emplean por instituciones de salud, educación o asociaciones comunitarias, y permiten, por un lado, conocer las necesidades sociales y económicas, y por otro favorecer la creación de capital social en áreas con una mayor fragmentación social y menores recursos. Este tipo de experiencias requieren financiación para las personas que gestionan los bancos del tiempo, y en el contexto europeo, por ejemplo existe el proyecto CROSS, si bien los casos más conocidos y con mayor longevidad son Time Dollars en Estados Unidos y los bancos del tiempo en el Reino Unido.

Los **intercambios mutuos** se inician con un intercambio de bienes y servicios que se evalúa a un precio específico, y en ese momento se crea el dinero, pues se contabiliza en el saldo acreedor de la persona que entrega el bien, y en el saldo deudor de quien lo recibe, de forma que el sistema presenta saldo cero. Por tanto, la confianza mutua es la base del sistema.

No circulan billetes ni monedas sino que cada socio crea su cuenta donde se registra su saldo. No hace falta que la moneda sea respaldada con moneda

oficial porque la garantía de la moneda es el compromiso de aceptar ese saldo positivo como pago por otro bien o servicio. Normalmente se fija la cantidad máxima de saldo negativo para impedir que un socio siga sólo comprando sin ofrecer nada a cambio y se suele cobrar alguna cuota a los socios para cubrir gastos. Este tipo de sistema representa el 41 % de las experiencias de las monedas complementarias (Seyfang y Longhurst, 2013a).

Al principio este sistema usaba cartillas y cheques para escribir las transacciones y se necesitaba personal para registrarlas en un ordenador central. El avance tecnológico de los últimos años, ha alterado completamente el escenario y hoy en día muchas iniciativas ofrecen el registro de transacciones online. Por ejemplo CES (Community Exchange System) es un LETS online que nació en 2003 en Ciudad del Cabo, extendiéndose a nivel internacional. Actualmente funcionan 683 redes en 67 países y regiones, entre los cuales España, que cuenta con 206 redes, 30 % de todas las redes del mundo (Hirota, 2016). El CES es un sistema de intercambio público, lo que significa que está controlado por las personas que lo usan y gestionado por el voluntariado y no por una entidad con intereses fuera de la comunidad en la que opera. Al recobrar los mecanismos naturales de intercambio, una comunidad puede asegurarse de que sus actividades productivas se utilizan para el bien público y con formas respetuosas con el entorno.

En España muchas monedas sociales han adoptado este modelo, tales como el Puma (Sevilla), Eco Alt Congost en Alt Congost (Barcelona), La Mora en la Sierra Norte (Madrid), Las Pitas en Bajo Andarax (Almería) y varias cooperativas integrales. Turuta en Vilanova y La Geltrú (Barcelona) es una variante de LETS porque a los socios ordinarios no se les permite quedarse con saldo negativo, y se crea la moneda cuando el sistema pide trabajos comunitarios a sus socios.

Emisión de papel moneda o moneda en formato digital, en el ámbito local, que puede ser convertible o no a la moneda nacional y son emitidas por entidades públicas (aunque no siempre). Suelen ser aceptadas por todos los actores económicos dado que tienen la ventaja de ser usadas como medio de pago de impuestos. Se emplea para involucrar de forma específica al comercio local y tiene un efecto económico multiplicador, por lo que es diferente a las otras propuestas (North, 2014). En 2012 había activos 243 proyectos, siendo los más conocidos el Ithaca Hours en Estados Unidos y la Bristol Pound.

En estos casos el valor de las monedas es respaldado con bienes y servicios o moneda de curso legal. La mayoría de ellas usan moneda de curso legal (como euro) para garantizar la aceptación universal entre todos los participantes, aunque la reconversión de moneda social en moneda oficial se restringe a comercios locales que necesitan pagar a proveedores externos. Aunque es el modelo más cercano a la moneda convencional, está diseñado para retener la liquidez dentro de la zona por más tiempo, optimizando su efecto multiplicador (Hirota, 2016).

Bristol se convirtió en la primera ciudad en el Reino Unido en lanzar su propia moneda y obtener el apoyo del ayuntamiento, con el Lord Mayor gastando la primera libra de Bristol. Tanto personas como empresas obtienen Bristol-Paunds utilizando moneda nacional, pudiendo canjearse en todo momento (Bendell y Greco, 2013). Esta moneda social está vinculada con otros proyectos, tales como la producción de alimentos y de energía renovable, el transporte público y el pago de impuestos municipales. Actualmente participan unos 860 comercios.

El mundo de la empresa también ha experimentado con monedas emitidas como crédito bancario. El caso más relevante es el Banco WIR, que opera en Suiza para Pymes desde 1934. Este banco cooperativo ofrece préstamos en WIR, una moneda sólo aceptada entre las empresas socias, a tasa de interés más favorable para los prestatarios, reteniendo el poder adquisitivo dentro de la red de las empresas socias. Como los empresarios necesitan devolver la moneda, están interesados en aceptarla. Participan una sexta parte de todas las pymes suizas, por lo que se establecen relaciones económicas más recíprocas, y se mueve un total de 4.000 millones de francos suizos. En los últimos años se han fundado dos iniciativas similares en España: Trocoby para España y Portugal y RES Catalunya, sucursal catalana de RES que opera en Bélgica desde 1995.

Debemos también destacar que la clasificación realizada nos permite una aproximación analítica más exacta, pero en la realidad existen muchos sistemas híbridos, por ejemplo, la moneda el PUMA en Sevilla realiza un mercado de trueque mensual, en el que se emplea físicamente billetes del PUMA, y el resto del tiempo se emplea el sistema del intercambio mutuo.

Gran parte de estas iniciativas de monedas complementarias han surgido en un contexto de crisis y desempleo, pero también se constata cada vez más un deseo de apostar por modelos alternativos que pongan el acento en la redistribución de la riqueza, en los circuitos de proximidad, la sostenibilidad ecológica y el reciclaje de los productos.

En el caso de España se ha producido un auge importante en los últimos años en la proliferación de monedas sociales. Julio Gisbert (2010) impulsor de la plataforma Vivir Sin Empleo y actualmente director del Instituto de Moneda Social afirma que “podemos hablar ya casi de dos economías paralelas: una de carácter convencional y monetario, y otra basada en la colaboración y con raíces en lo local”. Entre las experiencias más exitosas en España destacamos las siguientes:

El Res nació en 2012 para fomentar el comercio local de Girona. En la actualidad es una de las monedas con mayor implantación y a noviembre de 2016 contaba con unos 5.000 comercios asociados y 1.000 consumidores de toda la provincia, y tan sólo en Girona capital se concentran 400 bares, restaurantes, hoteles y todo tipo de comercios locales donde se puede pagar con

esta moneda local. La puesta en marcha de este sistema se hizo a través de una agrupación de pymes y autónomos locales, siguiendo el ejemplo de Bélgica, donde esta misma divisa alternativa funciona desde hace ya más de 20 años.

La Ossetana, creada en colaboración con el Ayuntamiento de San Juan de Aznalfarache (Sevilla) pretende contribuir a aumentar la compraventa de productos del municipio canalizando las ayudas municipales de primera necesidad a las personas beneficiarias sin tener que recurrir a la entrega de dinero directamente. Las familias, que venían percibiendo asistencia social, reciben ahora renta en moneda social que pueden utilizar en una serie de establecimientos asociados para obtener los bienes y servicios básicos.

La moneda social Demos nació en el barrio de La Isleta en Las Palmas de Gran Canaria, con el objetivo de crear una moneda social que les permitiera no depender del sistema monetario oficial y crear comunidad. La moneda es electrónica y la comunidad celebra mercadillos físicos. En la actualidad la utilizan unas 1.293 personas. Es una moneda basada en la confianza, y todos sus miembros tienen una cuenta en el que mensualmente reciben una renta básica, la cual se calcula cada mes en función del número de intercambios que haya realizado la comunidad.

En 2013, los habitantes de un barrio de Valencia (Ruzafa) pusieron en circulación el Orué (euro escrito al revés), con el objetivo de dinamizar la economía y potenciar iniciativas solidarias, culturales, educativas y ecológicas. Se trata de una moneda electrónica con un soporte tecnológico innovador (usa la tecnología NFC (Near Field Communication) y permite el pago móvil, que se obtiene por participar en la iniciativa, que no se puede comprar y que, a iniciativa de la asociación Russafa Innova, ha sido diseñada por los vecinos y agentes sociales del barrio como herramienta de cohesión social y de lucha contra la exclusión.

La Red de Moneda Social Puma en Sevilla funciona a través de dos herramientas: la cartilla digital en clickcoin, y la plataforma CES. Es imprescindible tenerla para empezar a realizar intercambiarlos que anotan en una cartilla digital con nuestro número de registro, y cuenta con más de 800 socios, pero su aspiración no es ampliar este número sino que se replique en otros barrios.

La Grama (Santa Coloma de Gramanet) nació oficialmente a principios de 2017 con la intención de avanzar hacia una economía más social y de proximidad. Y en la fase inicial puso en circulación unos 300.000 euros en moneda propia. El primer año el Ayuntamiento pagó en gramas subvenciones, ayudas y otros pagos oficiales, como por ejemplo el premio del concurso de diseño del cartel de fiestas. En el año 2019 las personas que trabajan en el ayuntamiento podrán optar voluntariamente por cobrar un máximo de un 30 % de su sueldo en Gramas

4. EFECTOS DE LAS MONEDAS SOCIALES

4.1. Un resumen teórico de los efectos de las monedas sociales

Los efectos de las monedas sociales se extienden en diferentes ámbitos: el económico, trasciende al social, puesto que las relaciones económicas tienen un componente de participación de diferentes personas, y por último tiene incidencia en el uso de los recursos.

El empleo de una moneda social supone que gran parte del ahorro y del gasto se realiza dentro de la comunidad, con ello se consigue el incremento de la actividad económica, puesto que el consumo tiene como destino la adquisición de la producción local (DeMeulenaere, 1998). De forma conjunta la promoción de las pequeñas empresas se incentiva, puesto que clientes residen en su misma zona, y a su vez éstas pueden emplear la moneda social en otras transacciones locales.

Por otro lado, se abre la posibilidad de poner en valor capacidades y competencias que el mercado laboral no está dispuesto a retribuir, pero que sí son valiosas en la comunidad. La razón para esa revaloración reside en el hecho que el cuidado de otras personas o la contribución a la comunidad se premia mediante la moneda, pues es importante saber quiénes son las otras personas, qué hacen y cómo lo hacen (Hudon y Liater, 2006). Asimismo, el uso de la moneda local en los intercambios económicos con negocios y personas que comparten un mismo espacio geográfico fomenta la creación de nuevos contactos y con ello se fortalece y potencia el capital social. Esto a su vez favorece el establecimiento de relaciones de confianza entre los consumidores y las empresas. Si además tenemos en cuenta que determinados colectivos y/o personas tienen mayores posibilidades de ofrecer y dar a conocer sus competencias, se abre una vía para la inclusión social (Liater, 2004).

La moneda social requiere la existencia de una comunidad inicial o grupo motor, y a su vez el uso de la moneda fomenta la extensión de la red de contactos y la consolidación del capital social, de forma que la creación y sostenibilidad de la moneda se retroalimenta con los mismos valores que consolidan la comunidad: la confianza, la cooperación, la reciprocidad y la participación (Putnam, 1995, Jacob, Brinkerhoff, Jovic, y Wheatley, 2004).

Respecto al impacto medioambiental, el uso de la moneda crea circuitos cortos de distribución, lo que supone la reducción de emisiones debido a que las mercancías no recorren largas distancias para llegar a su destino (Seyfang y Longhurst, 2013a). En segundo lugar, facilita la posibilidad de compartir recursos, debido a un mayor capital social y redes sociales y promueve los mercados de segunda mano, favoreciendo estilos de vida más sostenibles (Botsman y Rogers, 2010). En tercer lugar, se produce una satisfacción de las necesidades psicológicas como el reconocimiento, la pertenencia, etc que se satisfacen mediante la interacción social en lugar del consumo material (Ryan-

Collins *et al.*, 2008; Seyfang, 2010). Por último, el uso de la moneda puede ser directamente empleada como mecanismo de recompensa del comportamiento medioambiental, como por ejemplo la participación en programas de reciclaje (Holdsworth and Boyle, 2004).

4.2. Evidencia empírica

La evaluación empírica del impacto de la moneda local cuenta con una gran diversidad de estudios, pero adolece de dos limitaciones. La primera de ellas es que se estudian realidades muy diferentes y, por tanto, es difícil en muchos casos trasladar las conclusiones a ámbitos geográficos y temporales distintos respecto a los espacios en los que se han realizado las investigaciones. La segunda dificultad es que estos estudios exigen la obtención de los datos de forma directa, lo que en muchos casos no siempre es posible o se siguen metodologías diferentes para su obtención.

Sostenibilidad económica

El aumento del consumo local, junto al hecho de que la moneda se emplea en los circuitos locales, produce un aumento del multiplicador y con ello una revitalización de la actividad económica local. El trabajo de Fare (2011) está centrado en la experiencia francesa de dos monedas locales, SOL alpine y Accordiere, en el que muestra que más del 60 % de los usuarios incrementaron su consumo local. Otro ejemplo es el uso de la moneda Las Palmas en Brasil que, unido a la creación de un banco comunitario, ha dado lugar a la revitalización del consumo en unos de los barrios más pobres de Fortaleza (Neiva, *et al.*, 2013). La revitalización de la economía, tras el aumento del consumo, se produce gracias a la creación de empresas. Así, Ruddick (2011) mostró como después de la introducción de la moneda Eco-pesa en Kenya, las empresas incrementaron sus ventas un 21 % mensualmente, si bien parte de estas transacciones no se realizaron con productos locales. Asimismo, la mejora del empleo tuvo su origen en la creación directa de nuevo trabajos, el desarrollo de nuevas competencias y habilidades, y el aumento de contactos (Slay, 2011, Seyfang, 2001b). En muchos casos, y de forma complementaria, la acumulación de la moneda no genera intereses, y por tanto se emplea para cumplir la función de intercambio, favoreciendo la actividad económica de forma adicional (Pacione, 2011).

En cuanto a los efectos macroeconómicos, Groppa (2013) ofrece un marco teórico sobre las vías de actuación de la moneda social. A partir de esa base teórica, realiza una estimación empírica de los resultados de la moneda complementaria electrónica “punto transacciones”, lanzada en el Salvador en el 2008, y que a finales de 2012 era utilizada por 500 empresas y por más de 100 consumidores afiliados. Los datos muestran que este medio de pago facilitó las transacciones entre las empresas de la red por un valor de 2,2 millones de la moneda nacional anuales. Con estos datos el autor realizó una simulación para

estimar el valor del multiplicador del gasto de la moneda local, comprobando que era mucho más elevado que el de la moneda de curso legal.

En un trabajo anterior, Colacelli y Blackburn (2005) emplean el trabajo de Kiyotaki y Wright (1993) para relacionar los comportamientos individuales con los resultados macroeconómicos, y muestran como la aceptación de una moneda complementaria en Argentina supuso un incremento del PIB del 0,6 % en 2002, en un momento de crisis caracterizado por la escasez de la moneda legal.

Otra estudio muy interesante es el realizado por Vallet (2016) sobre el efecto estabilizador del uso del WIR en Suiza. Como explica Dubois (2015), en los periodos en los que se ha producido situaciones de crisis económica en los 80 años desde su aparición, el Mercado del WIR ha presentado un comportamiento mucho más dinámico, debido sobre todo a la participación de las pequeñas empresas.

Ahora bien, existe un conjunto de trabajos que muestran el escaso efecto macroeconómico de las monedas sociales como es el caso de los estudios de Birch y Liesch (1997) o Fare (2011). No obstante, el motivo para dichos resultados se debe buscar en la falta de escalabilidad de la mayoría de las monedas estudiadas, lo que implica una incidencia escasa. Por ello estos trabajos no invalidan los resortes y mecanismos económicos que la moneda social crea para favorecer el desarrollo local. De esta forma, las monedas locales se han convertido en un instrumento local que podría favorecer la estabilidad macroeconómica.

Otro aspecto relacionado con la sostenibilidad económica, así como social, consiste en las posibilidades de acceso al consumo y al empleo a colectivos excluidos. De hecho, los clubs de intercambio en Argentina surgieron como un instrumento de creación y protección de espacios para el surgimiento de microempresas lo que permitió el acceso al consumo a grupos que están fuera del mercado laboral (Gómez y Helmsing, 2008). La otra vía de acceso al consumo es el reconocimiento del trabajo informal como medio de acceso a bienes y servicios, como es el cuidado de otras personas, la retribución por la colaboración con la comunidad, etc. (Fare, 2011; Jacob *et al.*, 2004; Seyfang, 2001a; Wheatley, 2006). Los colectivos que se han beneficiado del uso de uso de la moneda son las personas desempleadas (Seyfang, 2001a, b; Gómez and Helmsing, 2008; Williams *et al.*, 2001), con rentas bajas (Collom, 2008; Fare, 2011; Jackson, 1993; Williams, 1996) y personas mayores (Collom, 2008; Kyriacou and Blech, 2003).

Un colectivo que ha recibido menos atención desde los estudios académicos es el colectivo de las mujeres, a excepción del trabajo de Gómez (2010), donde se evidencia que la experiencia argentina de los clubes de trueque fue promovida y usada por mujeres. Además es destacable una conclusión de este trabajo, como es el hecho de que a pesar de que fue un punto de encuentro

para las mujeres y para diferentes estratos socio-económicos, que facilitó el acceso a bienes y servicios para la clase media marginada y los desempleados, sin embargo no participaron los más pobres de los pobres. Estos hallazgos sugieren, según la misma autora, que las monedas sociales pueden mejorar la calidad de vida de una parte de la población excluida del mercado reglado, pero no es suficiente como herramienta general para la reducción de la pobreza.

Sostenibilidad social

Las principales conclusiones de los trabajos empíricos señalan la importancia de los valores de la justicia social, la mejora de las relaciones y la confianza interpersonal (Seyfang y Longhurst, 2013b). El fomento de la actividad económica en la comunidad mediante la moneda reside en la interacción social, pues gracias a su uso se crean nuevos canales de información, se intensifica la conciencia personal de la importancia y pertenencia de la comunidad (Soder, 2008). El resultado real es la capacidad de las monedas sociales para la creación de capital social (Jacob, Brinkerhoff, Jovic, y Wheatley, 2004; Wheatley, Younie, Alajlan, y McFarlane, 2011).

Las experiencias más estudiadas son las monedas locales usada en Ithaca (Estados Unidos) desde 1991 y Calgary Dollars en Alberta (Canadá) desde 1995. En ambos casos las investigaciones muestran de forma cualitativa y cuantitativa como el uso de ambas ha impactado de forma favorable en la mejora de las relaciones sociales y también con los amigos, junto al incremento de la confianza en general (Jacob *et al.*, 2004; Wheatley *et al.*, 2011; Hiramoto and Nakazato, 2012). Estos resultados son coincidentes con los obtenidos en el estudio sobre los efectos sociales del uso de LETS en el Reino Unido (Caldwell, 2000), con el añadido de que los participantes incrementaron su sentido de pertenencia a la comunidad y la promoción del comportamiento cooperativo.

Otro ámbito de estudio concreto es el éxito de los bancos del tiempo, y su aplicación a programas locales concretos como el cuidado de las personas mayores, bienestar infantil, reinserción de presos, etc (Lasker *et al.*, 2011, Jacobsohn, 2014). Asimismo, los resultados de los cuestionarios realizados a los miembros de Ithaca HOURS (Jacob *et al.*, 2004), LETS en Australia (Birch and Liesch, 1997), en Nueva Zelanda (Jackson, 1993) o en UK (Pacione, 1997) muestran que los participantes han mejorado su autoestima, gracias a la valoración de sus trabajo y sus destrezas, así como la mejora de su bienestar en general (Panther, 2012; Seyfang, 1997; Wheatley, 2006).

Por su parte, Slay (2011) realiza una recopilación de la literatura sobre el impacto de la monedas sociales y, específicamente, cita diferentes trabajos en los que se evidencia el impacto positivo sobre la salud, como el caso del banco del tiempo Rushey Green o el Fair Shares time bank en Gloucestershire que proporciona cuidados posthospitalarios, reduciendo los reingresos y las visitas de los médicos. En este trabajo también se recoge un mecanismo empleado en los bancos del tiempo como son los “créditos en especie” o recompensas en

especie por el trabajo voluntario, por ejemplo, entradas para el cine. Este fue el sistema que se creó en un proyecto en Cardiff, y entre sus efectos está la reducción del crimen, y en particular los comportamientos antisociales. De igual forma, en un proyecto realizado en Bettws, la policía detectó una reducción del 17 por ciento de los delitos desde la introducción de un banco del tiempo en el Club de Chicos y Chicas.²

Sostenibilidad medioambiental

Uno de los trabajos más citados es el de Seyfang y Longhurst (2013a). Estos autores realizan un estudio a partir de 39 tipologías de monedas sociales, 23 países en los 6 continentes, representando un total de 3.418 proyectos. En este trabajo muestran que los objetivos fundamentales de la creación y uso de las monedas sociales son los económicos y sociales, sin que la sostenibilidad medioambiental sea fundamental, a excepción de la moneda Troc-tes-Trucs canadiense en la que el objetivo medioambiental es predominante y explícito. Partiendo de esta evidencia debemos tener en cuenta que la propia dinámica de la moneda social tiene efectos positivos sobre la sostenibilidad medioambiental.

El consumo responsable es una palanca de cambio en otros comportamientos con incidencia sobre la sostenibilidad medioambiental. Briceno y Stagl (2006) realizan un estudio empírico sobre el consumo responsable en usuarios de LETS en Reino Unido. Los datos de los cuestionarios mostraban el aumento de la organización y participación en actividades sociales (86 % de los encuestados), que como resultado les llevaba a un incremento del sentimiento de amistad, comunidad e identificación local. Este tipo de actividades desplazaban de esa manera actividades más relacionadas con el ocio articulado bajo formas de consumo individual. En segundo lugar, aumentó la participación en actividades de consumo colectivo basado en compartir recursos y bienes, prestar e intercambiar bienes usados. Así el 40 % de los encuestados realizaban algún tipo de estas actividades, y estos a su vez afirmaron que más del 20 % de sus actividades en LETS tomaban alguna de estas formas. Además se les preguntó por otras actividades de consumo colectivo, y estos indicaron que el uso de LETS les había facilitado participar en sistemas compartidos de herramientas de jardín, compartir el coche, etc. Además, el 52 % de los encuestados señalaban que habían tomado mayor conciencia medioambiental.

Por su parte, Van Sambeek, *et al.* (2004) estudian el efecto de una moneda específicamente medioambiental (Nu Spaarpas) implementada en Rotterdam en 2002-3. Funciona como una tarjeta de puntos, similar a las tarjetas de fidelización de los supermercados, que se obtienen cuando los residentes separan y reciclan basura, usan transporte público o compran localmente, y

² Ver Spice 'Looking Back.', disponible en: http://www.justaddspice.org/docs/Spice_Looking_Back.pdf

después obtienen descuentos en el transporte público o en la compra de bienes sostenibles. Al final de la experiencia piloto, 10.000 familias tenían la tarjeta, habían participado 100 tiendas, y se habían usado 1.5 millones de puntos, con un impacto medioambiental de una reducción de la huella ecológica del 5 %.³

Por último, queríamos recoger en este capítulo el trabajo de Ziervogel *et al.* (2016). Es un análisis de la utilización de una moneda social dentro del proyecto FLOW en el municipio de Bergrivier en Sudáfrica. Es un proyecto integral de desarrollo sostenible y resiliencia que se fundamenta en tres pilares teóricos: la necesidad de reconexión con los sistemas que sustentan la vida, el principio de agencia entendido como la capacidad individual para su desarrollo en la sociedad y la cohesión social. El trabajo transdisciplinar involucró a las autoridades municipales, las empresas locales y la población joven, y donde la moneda social ha jugado un papel fundamental para dinamizar y conectar a la sociedad y los proyectos relacionados con sectores básicos como el suministro de agua, energía, comunicación, etc.

5. VIABILIDAD DE LAS MONEDAS SOCIALES Y DIFUSIÓN DE LAS MONEDAS SOCIALES

Desde una perspectiva teórica, la implementación de las monedas complementarias propuesta por Place y Bindewald (2015) se centra en la evaluación de cuatro aspectos que afectan al éxito de un proyecto de empleo de una moneda social:

1. Viabilidad interna: existe la organización y los medios para ejecutarlo desde una perspectiva estructural y operativa.
2. Eficiencia interna: uso fácil para los usuarios y reducción de costes de transacción y costes generales.
3. Viabilidad externa: cuenta con financiación, y la posibilidad de ampliar el apoyo y el reconocimiento.
4. Credibilidad externa: el marco regulatorio y político es el adecuado.

Su propuesta recoge un cuestionario práctico muy amplio que permite identificar cuáles son los elementos que pueden fomentar y consolidar el proyecto y cuáles son las limitaciones presentes, que podrían afectar a la viabilidad de la implementación de la moneda complementaria propuesta.

Desde otra perspectiva analítica y complementaria, la implementación de una moneda social supone la creación de un bien común. La sostenibilidad del proyecto, entendido como un bien comunal, se puede evaluar mediante las siete características establecidas por la premio Nobel, Elinor Ostrom (2009), como son:

³ citado por Seyfarg (2006)

- Deben existir una extensión claramente definida.
- Debe ser congruente con las condiciones locales.
- Debe ser hiper-democrática, los participantes deben ser capaces de modificar las reglas con las que se opera.
- Debe ser monitorizable, y existir responsables hacia los usuarios.
- Deben existir mecanismos de solución de conflictos, rápidos y de bajo coste.
- Deben poder existir sanciones de forma acorde con la normativa de uso u operación.
- Debe requerir el mínimo esfuerzo normativo, sin contradecir leyes regionales o estatales.

La moneda social “de barrio” ya sea en formato papel o digital, no tiene un límite definido de forma administrativa, ya que su extensión se limita más a criterios de colindancia que geográficos, y aun siendo congruente con las condiciones locales (del barrio), el mantenimiento del sistema de toma de decisiones democráticas, la monitorización del uso la resolución de conflictos y el poder de sanción, depende generalmente de un número de voluntarios y voluntarias que mantienen el sistema de intercambio. En el caso de la existencia del respaldo de la autoridad local, se favorece el cumplimiento de todas estas características. No obstante, es necesario la transparencia del sector público, como prerrequisito para que se estas condiciones se puedan dar de forma adecuada.

La moneda social es una herramienta útil para la resiliencia de las comunidades ante crisis económicas sobrevenidas (Alaminos, Penalva y Domenech, 2014), sin embargo, la extensión de su uso suele ser muy local, limitada a barrios en la mayor parte de los casos cuando el garante de la confianza es una comunidad de uso de dicha moneda. Dicho de otra forma, la percepción del valor, reside en la capacidad subjetiva percibida de intercambio de bienes que puede llevarse a cabo, está basada en una red de confianza mutua, y por lo tanto tiene límites derivados de la posibilidad de obtener información de dicha red de confianza mutua, sean locales comerciales, vecinos, asociaciones u otro tipo de organizaciones sociales.

En un sistema social, la valoración del bien (en este caso monetario) está directamente relacionado con el aprendizaje colectivo (Shaw, 2016). Este aprendizaje colectivo, es el que ha permitido el éxito de monedas complementarias como la Bristol Pound, donde el éxito de la iniciativa se basa en la construcción de un diálogo social, donde los usuarios muestran un sentido de orgullo, ayuda social y solidaridad (Isaacs, 2016), en este caso el ayuntamiento es también garante de la confianza depositada por la comunidad, y permite (por ejemplo) el pago de las tasas municipales en Bristol Pound (Bristol Pound, 2016).

Sin embargo, el principal factor limitante de la amplitud de los efectos transformadores de las monedas complementarias es la dependencia de su escalabilidad (Liater *et al.*, 2012). De hecho, la falta de masa crítica es una de las causas que reducen su extensión y su consolidación (Sefeyard y Longhurst, 2013b).

Sefeyard y Longhurst (2016) ofrecen el único trabajo empírico en el que se evalúan los factores que están presentes en 12 proyectos de monedas sociales exitosos. Analizan tres vías mediante las cuales éstas han conseguido ampliar su impacto. La primera es la escalabilidad que se produce cuando aumenta el número de usuarios, generando una mayor actividad. La segunda vía es la réplica de la moneda, de forma que al proyecto inicial se agregan nuevos proyectos vinculados, y la tercera es la traslación de la moneda que se emplea y adapta a otros usos o sectores diferentes fuera del ámbito inicial, por ejemplo el banco del tiempo se ha incorporado a proyectos de salud o educativos (Smith, 2007).

La actividad de la moneda, a la hora de explicar su capacidad de difusión por las tres vías citadas, se evalúa mediante tres bloques: el proceso de aprendizaje, la construcción de una red de contactos, tanto dentro del grupo como fuera de este, y la expectativas compartidas con otros agentes externos. Después de cuantificar estas variables, mediante un sistema de puntuación, se realizó un estudio de correlación. Los resultados mostraron que los dos elementos más importantes eran las redes internas y los procesos de aprendizaje. La vía principal de difusión es la replicación y está relacionada con las actividades de aprendizaje mediante cursos, libros y conferencias.

En el caso de la escalabilidad, los resultados muestran que la fortaleza interna de los proyectos es tener suficientes recursos, por lo que es importante tener un modelo de negocio que genere ingresos regulares. Además, una de las principales debilidades internas es la dificultad para atraer a usuarios. Por otro lado, el contexto socio-cultural era el factor externo más significativo, así por ejemplo, en el caso de los proyectos de monedas LETS en UK, estos tenían más éxito en ámbitos con una población de clase media, post-materialista y verde (Aldridge and Patterson 2002). Por último, la mayor amenaza se deriva del contexto político que puede ser favorecedor del uso de la moneda, si existe un apoyo explícito, o por el contrario es un freno si presenta cierta hostilidad, o simplemente ignorancia (Prados, Gómez-Álvarez y Rodríguez, 2018). Así, la actividad de la moneda y la difusión tienen un 35 % de mayor probabilidad de éxito si cuenta con un sector público promotor (Sefeyard y Longhurst, 2016). Los impedimentos derivados de la actividad pública se traducen en dificultades para trabajar con las autoridades políticas; vulnerabilidad a los cambios en función del ciclo político, áreas grises en los marcos legales lo que supone una continua amenaza sobre el marco regulatorio, incluso se pueden producir acciones punitivas.

En relación a la traslación es la vía menos común y, de todas las formas de monedas sociales, el banco del tiempo es el que se ha implementado en otros

sectores, sin que se haya detectado estos procesos para las monedas locales, intercambio mutuo y mercados de trueque.

Por último, estos autores destacan que la difusión de las monedas sociales ha sido más importante en contextos que han contado con el apoyo institucional, y en momento de crisis económica, donde éstas se han configurado como alternativas reales. En este sentido, es destacable el trabajo empírico realizado por Blanc y Fare (2013) centrado en evaluar las relaciones entre el sector público, especialmente en el ámbito local, y el desarrollo de las iniciativas de las monedas sociales. Una de las formas más fáciles de integración de las monedas sociales en las políticas públicas es su vinculación a un proyecto y objetivo concreto: medioambiental, reducción de la pobreza, incentivar actividades culturales, etc.

Sin embargo, las relaciones son complejas y ambiguas. Por un lado, el papel del sector público se puede asentar en la lógica de la subsidiaridad de forma que favorece y promociona los proyectos basados en las monedas sociales mediante ayudas, subvenciones, aceptando el pago de la moneda en servicios públicos, etc. que persiguen un interés general. El otro escenario, es que la administración local gestiona directamente la moneda y la emplea para implementar políticas públicas de forma directa, y por tanto responde a una lógica desde arriba hacia abajo.

La primera vía supone que los agentes socio-económicos conocen mejor las necesidades sociales que pretenden cubrir y que pueden crear un sistema basado en la auto-organización, frente al segundo que puede contar con una mejor infraestructura técnica pero que puede dejar fuera la dinámica democrática sobre la que se sustenta la anterior. De hecho, las iniciativas de monedas locales se sustentan en la lógica de una sociedad civil que reclama la apropiación democrática de la soberanía financiera.

Otro elemento que se debe tener, a la hora de evaluar la viabilidad de la moneda social, es el marco legal. En términos generales se requiere una mayor clarificación para que en el caso de que exista el apoyo público, éste no dependa del partido del poder, o bien que cuente con el marco normativo que favorezca la seguridad jurídica. Un elemento adicional que señalan Blanc y Fare en su artículo es el tratamiento fiscal de las actividades desarrolladas con las monedas sociales, que puede ser o un freno o un acicate para su uso. Así, el departamento de Trabajo y Pensiones en UK empleó las horas ofrecidas en los bancos del tiempo como prueba de que había personas que si eran aptas para trabajar.

6. CONCLUSIONES

La definición de moneda complementaria más conocida es la ofrecida por Lietaer (2001), que entiende que esta es un acuerdo dentro de una comunidad de usar algo como medio de intercambio. A partir de esta definición tan amplia han surgido diversas clasificaciones, pero consideramos que la ofrecida por Seyfang

y Longhurst (2013) es la más operativa desde una perspectiva analítica. Estos autores diferencian entre sistemas de intercambios basados en: mercados de trueques, sistema de créditos, intercambio mutuo y emisión de moneda local/social.

Las vías teóricas y empíricas mediante las cuáles las monedas sociales pueden ser un instrumento para fomentar la sostenibilidad son diversas. Desde una perspectiva económica, el uso de la moneda social favorece que parte del ahorro y del gasto se realice dentro de la comunidad, y por tanto se fomenta el consumo y con ello la aparición de nuevas iniciativas empresariales locales. Este efecto se ha cuantificado, por ejemplo en el caso de Argentina, en un impacto del PIB del 0,6 %. También existe evidencia de que fomenta el empleo por cuatro vías, por la activación de la economía local, por la creación de contactos, por la retribución con la moneda social de actividades que el mercado no retribuye, y por la creación de nuevas habilidades y competencias en los participantes. De forma adicional, fomenta el acceso al consumo y al empleo a grupos excluidos por el mercado, si bien no tiene un efecto significativo en la población más pobre.

Estos elementos se entrelazan y refuerzan con el impacto social, gracias al fortalecimiento del capital social, elemento que es una constante en todos los estudios empíricos (Jacob, Brinkerhoff, Jovic, y Wheatley, 2004; Wheatley, Younie, Alajlan, y McFarlane, 2011). La razón para la vinculación entre la actividad económica generada por la moneda e incidencia social reside en el hecho de que la creación y aceptación de la moneda se fundamenta en la confianza en la comunidad, en como su uso retroalimenta la creación de nuevos canales de información y a la intensificación de la conciencia personal de la importancia y pertenencia de la comunidad (Soder, 2008). Además, la evidencia muestra como estos tienen repercusiones en el bienestar debido a su incidencia en aspectos tan diferentes como la mejora de la autoestima, las relaciones interpersonales, la salud, o la seguridad ciudadana.

El tercer pilar de la sostenibilidad es el medioambiental pero el ecologismo no aparece como motor en los estudios empíricos sobre motivación para participar en las monedas sociales. A pesar de ello sus efectos indirectos no son desdeñables. El uso de la moneda crea circuitos cortos de distribución, lo que supone la reducción de emisiones debido a que las mercancías no recorren largas distancias para llegar a su destino (Seyfang and Longhurst, 2013a). En segundo lugar, facilita la posibilidad de compartir recursos, debido a un mayor capital social y redes sociales y promueve los mercados de segunda mano, favoreciendo estilos de vida más sostenibles (Botsman and Rogers, 2010). En tercer lugar, se produce una satisfacción de las necesidades psicológicas como el reconocimiento, la pertenencia, etc que se satisfacen mediante la interacción social en lugar del consumo material (Ryan-Collins *et al.*, 2008; Seyfang, 2010). Por último, el uso de la moneda puede ser directamente empleada como mecanismo de recompensa del

comportamiento medioambiental, como por ejemplo la participación en programas de reciclaje (Holdsworth and Boyle, 2004).

A pesar de estos impactos positivos, estos se quedan limitados a contextos reducidos, puesto que la carencia de un elevado número de usuarios es una de las causas que reducen su impacto (Seyfang y Longhurst, 2013b). Estos mismos autores han demostrado empíricamente que la forma más habitual de difusión del uso de la moneda social no es el aumento de usuarios, o escalabilidad, si no la réplica, de forma que al proyecto inicial se agregan nuevos proyectos vinculados.

Los elementos que se deben evaluar para determinar el grado de consolidación son la viabilidad interna y externa, la eficiencia interna y la credibilidad. Las tres primeras dependen de la capacidad organizativa y la motivación del grupo motor de la moneda comunitaria. Sin embargo, la credibilidad del proyecto está muy condicionada por el papel del sector público, porque, desde una perspectiva empírica ha mostrado ser una fuente de inseguridad. La actividad de la moneda y la difusión tienen un 35 % de mayor de probabilidad de éxito si cuenta con un sector público promotor. Sin embargo, los impedimentos derivados de la actividad pública se traduce en dificultades para trabajar con las autoridades políticas; vulnerabilidad a los cambios en función del ciclo político, áreas grises en los marcos legales lo que supone una continua amenaza sobre el marco regulatorio, e incluso la aparición de acciones punitivas.

En estos momentos, en nuestra opinión, existe un elemento dinamizador del empleo de las monedas sociales, carente hace treinta años, como son las tecnologías que ha reducido de forma drástica los costes de organización, gestión e información de cualquier iniciativa ciudadana. Sin embargo, la principal amenaza es el sector público que, debido a su poder coactivo, puede considerarlo una actividad ilegal que usurpe la soberanía de creación de dinero que actualmente reside en el banco central y la banca privada. En este sentido, al menos en el contexto europeo, las monedas sociales están contempladas por el Banco Central Europeo (2012), y de hecho existen diversos proyectos financiados con fondos europeos para estudiar los efectos de la implementación de monedas locales. Sin embargo, es una regulación marco que no concreta muchos aspectos normativos, que crea inseguridad por parte de los usuarios, y también por las propias autoridades locales y nacionales en el caso de desear su implantación.

Las monedas sociales se pueden usar como herramientas para políticas concretas como incentivo en determinados colectivos (jóvenes, personas mayores) o comportamientos vinculados con una mayor conciencia cívica o ecológica, y es la forma en la que se está incardinando de forma más fácil en las políticas públicas. Pero también puede servir de palanca para un proyecto más ambicioso de sostenibilidad, donde se reivindique la soberanía financiera y la necesidad de otro tipo de sistema monetario. En ese caso, desde nuestra perspectiva, estos resultados nos indican, por un lado, que la capacidad de las monedas sociales de transformación social, dependen totalmente del escenario socio-económico en el

que se implementa, y por tanto, los resultados no se pueden considerar trasladables a todos los contextos. Asimismo, su impacto será mayor si está incardinado dentro de otros procesos que persiguen modificar los actuales resultados del sistema capitalista. Por tanto, se debe pensar en la moneda social como una herramienta útil vinculada a modelos transformadores como la Economía del Bien Común, y por supuesto a la Economía Social y Solidaria, como paradigma que ha sustentado muchas de las propuestas recogidas en este capítulo, como es el caso de Banco Palmas, el Puma en Sevilla, etc.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Alaminos Chica, A.; Penalva Verdú, C. y Domenech López, Y.(2014). Reacciones comunitarias a la crisis económica y social en España. *Revista Internacional de Trabajo Social y Bienestar*, 3, 47-53.
- Albuquerque, P. (2004), “Moneda Social IP”, en A. D. Cattani(org.), *La otra economía*, UNGS - Fund. OSDE - Altamira, Buenos Aires.
- Aldridge, T., Patterson, A., (2002). “LET’S get real: constraints on the development of Local Exchange Trading Systems”. *Area* 34, 4.
- Atxukarro, A, (2012): *¿Qué son las monedas complementarias?* Ed. Observatorio de la sostenibilidad. Fundación Cristina Enea. Donostia.
- Bendell, J, y Greco, T. (2013): “Currencies of transition Transforming money to unleash sustainabilit” en McIntosh, D: *The Necessary Transition*, Greenleaf Publishing: Sheffield, UK.
- Birch, D., Liesch, P.W., (1997). Moneyless exchange: attitudes of participants in Australian community barter systems. *International Journal Nonprofit Voluntary*, 2 (3), 240–251
- Blanc, J y Fare, M. (2013) Understanding the role of Governments and Administration in the implementation of community and complementary currencies, *Annals of Public and Cooperative Economics*, 84:1, pp. 63–81
- Blanc, J. (2000), “Monedas paralelas. Evolución y teorías del fenómeno”, *Lote*, 34, Venado Tuerto, Santa Fe, pp. 16-27
- Blanc, J., (2011). “Classifying “CCs”: community, complementary and local currencies' types and generations”. *International Journal Community Currency Research*. 15 (Special Issue), 4-10
- Botsman, R. y Rogers, R., (2010). *What's mine is yours: the rise of collaborative consumption*. Harper, London.
- Briceno, T., Stagl, S., (2006). The role of social processes for sustainable consumption. *Journal of Cleaner Production*, 14 (17), 1541–1551.
- Bristol Pound. (2016). *Paying Council Tax to Bristol City Council*. en <https://bristolpound.org/counciltax>

- Caldwell, C. (2000) 'Why Do People Join Local Exchange Trading Systems?' *International Journal of Community Currency Research*, 4
- Colacelli, M. y Blackburn, D.J.H., (2005). Secondary currency: an empirical analysis. *Journal Monetary Economics*, 56 (3), 295–308
- Collom, E., (2008). Engagement of the elderly in time banking: the potential for social capital generation in an aging society. *Journal of Aging & Social Policy* 20 (4), 414-436.
- Coraggio, J. L. (1998), "Las redes de trueque como institución de la economía popular", *Economía Popular Urbana: una nueva perspectiva para el desarrollo local*, ICO, UNGS.
- Cortés García, F. (2008): *La moneda social*. Cajamar
- DeMeulenaere, Stephen. (1998). "An Overview of Parallel, Local and Community Currency Systems." Complementary Currency Resource Center
- Dubois, H. (2015). *WIR: 80 ans de soutien aux PME, Vivez le réseau!* WIR Bank Meeting, Lausanne, October 29
- European Central Bank (2012). *Virtual currency schemes*, European Central Bank, Frankfurt, en <https://www.ecb.europa.eu/pub/pdf/other/virtualcurrencyschemes201210en.pdf>
- Fare, M., (2011). The SOL: a complementary currency for the social economy and sustainable development. *International Journal of Community Currency Research*, 15, 57-60.
- Gessel, S. (1958), *The natural economic order*, Peter Owen Ltd.
- Gisbert, J. (2010) *Vivir sin empleo*, libros del lince, Barcelona, 2010.
- Gómez, G. (2010) What was the deal for the participants of the Argentine local currency systems, the Redes de Trueque?, *Environment and Planning A*, volume 42, pages 1669-1685.
- Gómez, G. y Helmsing, A. (2008) 'Selective Spatial Closure and Local Economic Development: What Do We Learn from the Argentine Local Currency Systems?', *World Development*, 36(11): 2489–511.
- Groppa, M. (2013) Complementary currency and its impact on the economy, *International Journal of Community Currency Research*, Volume 17, Section A 45-57.
- Nakazato, H. and Hiramoto, T. (2012). An Empirical Study of the Social Effects of Community Currencies, *International Journal of Community Currency Research*, 16 (D) 124-135.
- Hirota, Y. (2016): "Monedas sociales y complementarias", *Oikonomics Revista de economía, empresa y sociedad*, noviembre.

- Holdsworth, M. y Boyle, D., (2004). *Carrots Not Sticks: The Possibilities of a Sustainability Reward Card for the UK*. New Economics Foundation and National Consumer Council, London.
- Hudon, M. y Lietaer, B.: (2006) Natural savings: a new microsavings product for inflationary environments, *Savings Development*, 4, pp. 357-381.
- Isaac, G. (2016). *Alternative forms of finance: A literature review*, Working paper, n° 170, FESSUD, Leeds University Business School, Leeds.
- Jacob, J.; Brinkerhoff, M.; Jovic, E. y Wheatley, G., (2004). The social and cultural capital of community currency: an Ithaca HOURS case study survey. *International Journal of Community Currency*, 8, 42–56.
- Jacobsohn, S. A. (2014). *Stories of money: building social capital through time banking*. Master thesis. Spokane, Washington, United States: Gonzaga University.
- Jackson, M. (1993) Helping ourselves: New Zealand's Green Dollar Exchange, ANZAC Fellowship Report.
- Kiyotaki, N., Wright, R., (1993). A search-theoretic approach to monetary economics. *American Economic Review* 83, 63–77.
- Kyriacou, M. y Blech, S. (2003) *An Evaluation of Elderplan's Time Dollar Model Metropolitan Jewish Health System*, New York.
- La Transicionera (2016). Estudio de Viabilidad. Propuesta de implementación de una “Moneda Social Pública, de carácter local”, en el distrito Cerro-Amate, Sevilla. Ayuntamiento de Sevilla. En <http://www.sevilla.org/ayuntamiento/transparencia/contratos-convenios-subsenciones/estudios-y-proyectos/estudio-viabilidad-monedasocial-cerroamate.pdf>
- Lasker, J; Collom, E.; Bealer, T.; Niclaus E. y Young, K. J. (2010). Time banking and health: the role of a community currency organization in enhancing well-being', *Health Promotion Practice*, 12(1), 102–115.
- Lieater, B. (2001), *The future of money: Creating new wealth, work and a wiser world*, Century, London.
- Lieater, B. (2004) Complementary Currencies in Japan Today: History, Originality and Relevance, *International Journal of Community Currency Research*. Vol.8, pp. 1-23.
- Lietaer, B., Arnsperger, C., Goerner, S., Brunnhuber, S., (2012). Money and sustainability. The Missing Link. Axminster UK Triarchy Press.
- Lietaer, B., Belgin, S., (2012). *New Money for a New World*. Qiterra Press.
- Michel, A. y Hudon, M. (2015) Community currencies and sustainable development: A systematic review, *Ecological Economics*, 116, 160–171

- Nakazato, H. y Hiramoto T., (2012). An Empirical Study of the Social Effects of Community Currencies. *International Journal of Community Currency Research*, 16, 124–135
- Neiva, A., C.T. Nakagawa, D.J. Tsukumo, J.B. Braz, R.M. Silva and T.S. Mascarenhas (2013). “Banco Palmas: Resultados para o Desenvolvimento Comunitario e a Inclusao Financeira e Bancaria”, en J. Melo and J.B. Braz (eds.) Banco Palmas – Resistindo e Inovando, pp. 105-78. Sao Paulo: A9 Editora.
- North, P., (2005): “Scaling alternative economic practices? Some lessons from alternative currencies” *Transactions of the Institute of British Geographers*, 30 (2), 221-233.
- North, P. (2007) *Money and Liberation. The Micropolitics of Alternative Currency Movements*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press
- North, P., (2014): “Ten Square Miles Surrounded By Reality? Materialising Alternative in Economies Using Local Currencies”. *Antipode*, 46 (1), 246-265.
- Ostrom, E. (2009). A General Framework for Analyzing Sustainability of Social-Ecological Systems. *Science*. 325 (5939), pp. 419-422.
- Pacione, M. (1997). Local exchange trading systems as a response to the globalisation of capitalism. *Urban Studies*, 34(8), 1179-1199
- Pacione, M. (2011). Local money-a response to the globalisation of capital?, *Quaestiones Geographicae*, 30(4), 9-19.
- Panther, J.U., (2012). *It Ain't What you do (it's the way That you do it): Reciprocity, Cooperation and Spheres of Exchange in two Community Currency Systems in the North of England*. Durham University, Durham
- Prados, M; Gómez-Álvarez, R. y Rodríguez, C. (2018) Votecoin. La participación ciudadana digital en el ayuntamiento como principal impulsora de la moneda social en la ciudad. II Congreso Internacional Move.net sobre Movimientos Sociales y TIC, p 321-342
- Place, C. and Bindewald, L. (2015) ‘Validating and improving the Impact of Complementary Currency Systems through impact assessment frameworks’, *International Journal of Community Currency Research*, 19, 152-164
- Plasencia, A. y Orzi, R. (2007): *Moneda social y mercados solidarios. Potencial pedagógico y emancipador de los sistemas monetarios alternativos*. Buenos Aires: CICCUS.
- Primavera, H. (2000), “Política social, imaginación y coraje: reflexiones sobre la moneda social”, *Reforma y Democracia*, CLAD, 17, Caracas, pp. 161-188

- Putnam, R.D., (1995). Bowling alone: America's declining social capital, *Journal of Democracy*, 6 (1), 65–78.
- Ruddick, W.O. (2011). Eco-Pesa: An Evaluation of a Complementary Currency Programme Kenya's Informal Settlements, *International Journal of Community Currency Research*, 15: 1–12.
- Ryan-Collins, J., Stephens, L., Coote, A., (2008). *New Wealth of Time*. New Economics Foundation, London.
- Seyfang, G. (1997). “Examining Local Currency Systems: A Social Audit Approach”, *International Journal Community Currency Research*, 1.
- Seyfang G. (2001a) *Community currencies: small change for a green economy*. *Environment and Planning A*, 33(6):975-96.
- Seyfang, G. (2001b) ‘Working for the Fenland Dollar: An Evaluation of Local Exchange Trading Schemes (LETS) as an Informal Employment Strategy to Tackle Social Exclusion’. Norwich: University of East Anglia.
- Seyfang, G. and N. Longhurst (2013a) ‘Growing Green Money? Mapping Grassroots Currencies for Sustainable Development’, *Ecological Economics* 86(C): 65–77.
- Seyfang, G. and N. Longhurst (2013b) ‘Desperately Seeking Niches: Grassroots Innovations and Niche Development in the Community Currency Field’, *Global Environmental Change*, 23(5): 881–91.
- Seyfang, G. y Longhurst, N. (2016). What influences the diffusion of grassroots innovations for sustainability? Investigating community currency niches, *Technology Analysis & Strategic Management*, 28:1, 1-23.
- Seyfang, G., & Longhurst, N. (2013): “Growing green money? Mapping community currencies for sustainable development”, *Ecological Economics*, 86, 65–77
- Seyfang, G., (2010). *Low-carbon communities and the currencies of change*. In: Peters, M., Fudge, S., Jackson, T. (Eds.), *Low Carbon Communities: Imaginative Approaches to Combating Climate Change Locally*. Edward Elgar, Cheltenham, pp. 108–12
- Seyfang, G., Longhurst, N., (2012). *Grassroots Innovations for Sustainability: A Niche Analysis of Community Currencies*, 3S Working Paper 2012-10. Science, Society and Sustainability Research Group, Norwich.
- Shaw, K. (2012). Reframing” Resilience: Challenges for Planning Theory and Practice. *Planning Theory and Practice*, 13, 299–333.
- Slay, J., (2011). *More Than Money*. NESTA, London.

- Smith, A., (2007). Translating sustainabilities between green niches and sociotechnical regimes. *Technology Analysis & Strategic Management*, 19 (4), 427-450.
- Soder, N.T., (2008). Community currency: an approach to economic sustainability in our local bioregion. *International Journal Community Currency Research*, 12, 24-52
- Vallet, G. (2016). A local money to stabilize capitalism: the underestimated case of the WIR, *Economy and Society*, 45:3-4, 479-504.
- Van Sambeek, P. y Kampers, E. (2004). *NU-Spaarpas: The sustainable incentive card scheme* Stichting Points, Amsterdam.
- Wheatley, G., (2006). *Complementary Currency and Quality of Life: Social and Economic Capital Effects on Subjective Well-being*. University of Calgary.
- Wheatley, G; Younie, C.; Alajlan, H. y McFarlane, E. (2011). Calgary Dollars: Economic and Social Capital Benefits, *International Journal of Community Currency Research*, 15, 1325-9547.
- Williams, C.C., (1996). Informal sector responses to unemployment: an evaluation of the potential of LETS. *Work Employment Society*, 10 (2), 341-359
- Williams, C.C., Aldridge, T., Lee, R., Leyshon, A., Thrift, N. y Tooke, J. (2001). Bridges into work: an evaluation of Local Exchange Trading Schemes (LETS). *Policy Studies*, 22 (2), 119-132
- Ziervogel, G; Cowen, A. y Ziniades, J: (2016) Moving from Adaptive to Transformative Capacity: Building Foundations for Inclusive, Thriving, and Regenerative Urban Settlements. *Sustainability*, 8, 1-20